

**PIERRE DOUILLARD-LEFEVRE**

**LA MIRA  
EN EL OJO**

**Violencias de Estado y  
militarización de la policía**

TRADUCCIÓN

**IGNACIO RODRÍGUEZ**

**DEDALUS** 

Douillard-Lefevre, Pierre

*La mira en el ojo. Violencias de estado y militarización de la policía*, 1ª ed.,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Dedalus, 2020.

100 p.;  
21 x 14 cm (Ciencias humanas; 14)

Traducción: Ignacio Rodríguez  
ISBN 978-987-3744-63-1

1. Policía  
2. Violencia Institucional  
I. Rodríguez, Ignacio, trad.  
II. Título  
CDD 363.2068

Título original:  
*L'arme à l'œil. Violences d'état et militarisation de la police*  
© Le bord de l'eau, 2016

1ª edición: agosto de 2020

© 2020 Dedalus Editores  
Paraguay 3034, 3ºD, Buenos Aires, Argentina.  
info@dedaluseditores.com.ar, dedalus.editores@gmail.com  
www.dedaluseditores.com.ar

Diseño: Alejandro Crudele  
Maquetación: Ariel Shalom

ISBN 978-987-3744-63-1  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

## ÍNDICE

Prólogo a la edición argentina	7
A modo de preámbulo	21
Encender la pólvora	29
La mira en el ojo	35
Laboratorio del miedo	41
El campo de acción del Flash-Ball es la revuelta	47
Hegemonía cultural	53
La violencia se intensifica	59
Guerrilla mediática	67
Anestesiar el terreno de lo posible	73
Represiones: una historia socialista	75

Hacia una feudalidad global	81
La violencia, un mercado francés	85
La internacional de la violencia	91
Resistir	95

## Prólogo a la edición argentina

Que todo siga igual, esa es  
la verdadera catástrofe  
WALTER BENJAMIN

Mientras escribo estas líneas, un millón de seres humanos están confinados en sus casas. Drones imparten órdenes y derraman desinfectante en el espacio público. En varios países del mundo, el ejército y la policía requisan las calles de las metrópolis. Agentes “reforzados”, con cascos térmicos, escanean y analizan el calor de cada transeúnte. El reconocimiento facial se utiliza para controlar a los enfermos, y la geolocalización de los smartphones para vigilar el confinamiento de la población. La pandemia de Coronavirus es la oportunidad para los gobiernos del mundo de experimentar dispositivos de control biopolíticos inéditos en la historia. La época que atravesamos está decididamente marcada por la seguridad. Incluso la enfermedad es tratada bajo un ángulo represivo. Como si la catástrofe sanitaria solo pudiese resolverse con soluciones policiales.

El texto que sigue se publicó en 2016, en el transcurso de una secuencia policial singular que este prefacio propone explicar para comprender mejor el contexto y sus implicancias. En

aquel momento, la gendarmería francesa acaba de matar a un joven ecologista en una ZAD<sup>1</sup> –una “Zona a defender”, ocupada a modo de protesta contra un proyecto de represa– en el sur del país. Por primera vez luego de varias décadas, las fuerzas del orden se cobran la vida de un manifestante en Francia. Es un giro en las lógicas del mantenimiento del orden que se lleva a cabo por entonces en una relativa indiferencia. Tendrá pesadas consecuencias. Poco tiempo después, el gobierno va a decretar “el estado de emergencia” luego de los atentados. Se presenta la oportunidad para una verdadera comunión de la seguridad. La policía tiene plenos poderes. A miles de personas –musulmanes y opositores políticos– se les ordena “confinamiento domiciliario” de modo preventivo. A otros cientos se les prohíbe manifestar. El Estado de excepción se vuelve la norma y ciertas medidas llamadas “antiterroristas” siguen vigentes.

Desde la publicación de este libro en Francia, el proceso de militarización del mantenimiento del orden no dejó nunca de aumentar, de endurecerse, de arruinar vidas. En las periferias de las grandes ciudades, contra los hijos e hijas de inmigrantes, la policía sigue desencadenando su violencia habitual, como si nada pasara. Además del arsenal llamado “no letal” y de los decesos por asfixia, regulares durante las detenciones violentas, los disparos con balas de plomo contra la población aumentan allí de manera exponencial. Las barriadas siguen siendo el terreno de experimentación privilegiado de la violencia de Estado.

En la primavera de 2016, un vasto movimiento social irrumpe contra la “Ley trabajo”, un proyecto que apunta a destruir los derechos laborales y a precarizar aún más a los asalariados. La

movilización es inédita en un gobierno socialista: universidades y escuelas secundarias tomadas, manifestaciones salvajes conmocionan las formas clásicas de movilización, la creatividad está en la calle. Ya no son las “manifestaciones que desbordan”, sino el desborde que manifiesta. En las manifestaciones, grupos de gente suelta encabezan las columnas delante de las centrales sindicales. La represión se combate con un amplio abanico de prácticas de autodefensa. El eslogan emblemático de ese movimiento describe bastante bien la textura del momento: “todo el mundo detesta a la policía”. El gobierno responde con la fuerza: se arrojan sin moderación municiones para el mantenimiento del orden que hieren a miles de personas. Varios manifestantes quedan mutilados de por vida. El gobierno de izquierda dejará como herencia nuevas armas aún más poderosas para la policía y medidas antiterroristas aplicadas contra los movimientos sociales.

Esta movilización será particularmente tenaz: varios meses de conflictividad finalmente arrasada por el gobierno de un Partido Socialista inflexible. Desde entonces, ya no hubo en verdad período calmo. Entramos en una secuencia política de consternaciones sociales duraderas, en una especie de larga sinfonía de desobediencias, con picos de intensidad, y una melodía de fondo. A partir de la llegada al poder de Emmanuel Macron en 2017, se produce el advenimiento en Francia de una forma de neoliberalismo autoritario. Ya no habrá una sola semana sin movilizaciones, sin gases lacrimógenos, sin erupción de rabia. Ni bien comienza su mandato, el nuevo presidente compra por varios millones de euros municiones para la policía, luego lanza una operación de expulsión masiva contra la ZAD que bordea la ciudad de Nantes, en Notre-Dame-des-Landes, una vez que el proyecto de construir un aeropuerto se dejó de lado. Una granada explosiva le vuela la mano a un joven.

<sup>1</sup> La *Zone à défendre* designa en Francia a una okupación de vocación política, muchas veces al aire libre, cuyo objetivo es oponerse a un proyecto de Planificación Territorial (n.d.t.).

En el otoño de 2018, aparece una inesperada y desconcertante fractura social. Hombres y mujeres con atuendos fluorescentes ocupan y cortan miles de rotondas incluso en las ciudades más remotas. Algunos años antes, un presidente había obligado a todos los automovilistas de Francia a llevar un chaleco amarillo en su vehículo por razones de seguridad vial. En noviembre de 2018, ese atuendo reflectante, muy visible, que todo el mundo tiene, se transforma en símbolo de adhesión, en signo de revuelta. Contra la suba de la nafta primero, luego contra todas las injusticias sociales. Contra el desprecio de los poderosos. Esta revuelta proteiforme y sin jefe, que rechaza cualquier tipo de negociación, pulveriza los códigos de impugnación clásica. Paraliza al poder. Desde los primeros días, los Chalecos Amarillos expresan su intención de tomar el palacio presidencial. A principios de diciembre, invaden un aeropuerto, aparecen barricadas incendiadas por todas partes, prenden fuego una prefectura, ocupan miles de rotondas e incendian varios peajes de autopistas. El palacio del Eliseo está en la mira y el Arco del Triunfo totalmente cubierto con consignas de venganza. Las acciones son innumerables, múltiples, incontrolables. La policía es derrotada casi en todas partes. Macron se muestra lívido, parece vacilar. Las mansiones de sus amigos, y el barrio más lujoso de Francia, el distrito 16, son vandalizados. Alrededor del presidente, en los círculos patronales, entre los ricos, el miedo es muy grande. La plebe está allí, debajo de sus casas.

La represión está a la altura del miedo que sienten los poderosos. El gobierno despliega blindados en las calles, una primera tanda en tiempos de paz, en la capital, en zonas urbanas. Se prohíben las manifestaciones. Helicópteros aguardan en el patio del Eliseo, listos para evacuar al presidente. Cualquier medio es bueno para apagar el incendio. Miles de personas son demoradas y, muchas, encarceladas. La policía puede actuar a su antojo.

Durante los primeros días de diciembre, decenas de manifestantes son heridos de gravedad por disparos de la policía. Granadas explosivas, balas de goma, calles inundadas de gases: la violencia de Estado parece ilimitada. Huesos fracturados, caras explotadas, ojos reventados, manos mutiladas. Hay que dar miedo. Disuadir para que la gente no salga a la calle. La realidad cruda de la represión aparece ante los ojos de todos, en los medios, en las redes sociales. Miles de videos revelan una violencia industrial. Detienen en pocos días a cientos de estudiantes secundarios que participan del movimiento y dejan tuertos a varios de ellos. Una abuela que miraba pasar una manifestación desde su ventana, en Marsella, recibe el impacto de una munición policial y muere algunas horas más tarde. La policía no perdona a nadie. Tiran decenas de miles de granadas en un solo día. Contienen la insurrección con una represión militarizada. Y todos los cuerpos quedarán marcados, en medio de una impunidad total.

Los Chalecos Amarillos siguen en las calles desde noviembre de 2018, desafiando las leyes de la historia social. Aunque menos numerosos, diezmados por las detenciones y por sufrir sábado tras sábado la misma represión, siguen alimentando la melodía de la revuelta. Hacia finales del año 2019, una movilización contra la caja de jubilaciones reúne por su parte a varios millones de personas en Francia. Huelgas masivas, manifestaciones infinitas. Una afluencia inesperada dada la magnitud de la represión que clausuraba las calles desde la llegada de los Chalecos Amarillos y que parecía haber sembrado el terror entre la gente. También este nuevo movimiento social va a perdurar, varios meses ininterrumpidos, reinventándose permanentemente, y haciendo frente, por su parte, a una represión feroz. A esta altura, ya nadie ignora que soltaron a los perros, que les sacaron el bozal. Pero el tiempo de los “movimientos sociales”, con un comienzo, un punto culminante y un final marcado por negociaciones parece terminado.

A 12.000 kilómetros de París, el cielo de la capital de Chile se enrojece: edificios y subtes ardieron toda la noche. En Hong Kong, las barricadas no terminan nunca de cortar las calles de la metrópoli. En Barcelona, la policía pierde el control durante una noche. Los videos de las diferentes insurrecciones en todo el mundo desfilan en las pantallas. En todas partes alrededor del globo, las poblaciones se levantan contra sus dirigentes, contra la corrupción y la injusticia. Movilizaciones inmensas reúnen a millones de personas. Los lugares de poder de varias capitales son tomados como objetivo, parlamentos invadidos, aeropuertos bloqueados. En Beirut, cientos de miles de personas se movilizan en las grandes ciudades por la justicia social, entre disparos de granadas francesas. En todas partes, las mismas causas, los mismos efectos. En todas partes, los gobiernos eligen la fuerza, el miedo, la sangre. En todas partes, una represión militarizada, disparos de granadas, blindados, rostros destruidos por las armas de la policía y medios dominantes que organizan el consentimiento. Uno de los signos de adhesión de las diferentes movilizaciones es además poner la mano o una venda en un ojo para denunciar los ojos reventados por la represión. Simultáneamente, en Hong Kong, Santiago y París, denuncian a la policía que mutila. En los cuatro extremos del globo, las “*gueules cassées*”<sup>2</sup> de la represión se vuelven los símbolos de la revuelta.

La secuencia de luchas que se produce en Francia no es más que una nota en una partitura mundial. Las insurrecciones están unidas entre sí, se alimentan. Las técnicas de resistencia

<sup>2</sup> La expresión *gueules cassées* (“caras rotas”) inventada por el coronel Picot (1862-1938), primer presidente de la Unión de los Heridos en el Rostro y la Cabeza, designa a los sobrevivientes de la Primera Guerra Mundial que sufrieron una o varias heridas en combate y que fueron afectados por secuelas graves, especialmente en el rostro. También hace referencia a hombres profundamente marcados psicológicamente por el conflicto que no pudieron rehacer su vida civil y que debieron, en los casos más graves, ser internados de por vida (n.d.t.).

se expanden tan rápido como las redes. Y enfrente, las policías del mundo entero compiten en ingeniosidad e innovaciones para silenciarlas. Francia, modelo internacional en materia de mantenimiento del orden, exporta sus servicios a todos los regímenes posibles. Todo se vende: cañones hidrantes a la dictadura china, granadas lacrimógenas al Líbano, *savoir-faire* a América Latina. Los mismos drones sobrevuelan las metrópolis, las mismas balas de goma marcan los cuerpos, tanto en las barriadas francesas como en los barrios chilenos.

Para Walter Benjamin, la revolución es un “freno de urgencia” frente a un mundo al borde del abismo. Las fronteras entre conflicto armado y mantenimiento del orden, entre guerra y represión se borran en todas partes, es uno de los fenómenos de nuestra época. Los gobiernos ponen un cerrojo a sus medios de coerción y arman a sus policías para administrar el desastre social y ecológico que se agrava. Los poderosos son los dueños del tiempo. Imponen sus agendas, aceleran el ritmo cuando hay que abrirse paso a la fuerza, o instalan perdurablemente sus temáticas en el debate político, ponen en escena a sus propias oposiciones. Desde la edición original de este libro, la situación se aceleró considerablemente en Francia y en el mundo, tanto en términos de vidas arruinadas por la represión como de progresos técnicos en términos de vigilancia. Nuestra época parece una carrera contra el tiempo. Por un lado, los levantamientos cada vez más numerosos y potentes hacen tambalear a los poderes. Por el otro, aparecen nuevas formas de fascismo, los Estados se militarizan y las técnicas de control apuntan a volver obsoleta la idea misma de desobediencia. ¿Revolución o barbarie? La cuenta regresiva está en marcha.

*Nantes, Francia, 2020*

# LA MIRA EN EL OJO\*

\* El título original de este libro (*L'arme à l'œil*) contiene un juego de palabras intraducible. Escrito corresponde a "El arma al ojo", pero al ser pronunciado suena también como "Lágrima en el ojo" (*Larme à l'œil*) (n.d.t.).

Y la sangre se seca y vira hacia el negro, al abrigo de las memorias  
En el silencio que debemos creer cómplice de las luces giratorias.

LA RUMEUR<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Grupo de hip hop francés creado en 1997 cuyas letras y modo de difusión son marcadamente antisistema (n.d.t).



En 2007, pierdo la vista de un ojo tras recibir el impacto de un lanzador de balas<sup>2</sup>. Así, en tanto espectador de una época marcada a fuego por la seguridad, escribo las páginas que siguen. Fueron concebidas como análisis político y social y a la vez como recensión de hechos contemporáneos, y están dirigidas tanto a quienes ignoran por completo las lógicas policiales como a quienes buscan despertar un legítimo repudio hacia el Estado y su violencia.

Pero no son más que una fotografía incompleta del período actual, una instantánea, una contribución parcial y limitada sobre ciertas facetas de la represión. Terminé de escribirlas antes de los atentados del 13 de noviembre de 2015. El estado de emergencia y su ola de allanamientos, de manifestaciones

<sup>2</sup>Lanzador de balas de defensa corresponde a la denominación francesa *Lanceur de Balles de Défense* (LBD). Un LBD es, según la terminología de la administración francesa, un arma no letal que utiliza un proyectil concebido para deformarse con el impacto y limitar así el riesgo de penetración en una persona. Su objetivo es neutralizar y poder arrestar a un individuo (n.d.t.).

prohibidas, de ebullición legislativa y de arrestos domiciliarios —exhumados de la Guerra de Argelia por el gobierno socialista— deben entonces observarse como una consecuencia de la reflexión que sigue.

“El viejo mundo se muere, el nuevo mundo tarda en aparecer y en ese claroscuro surgen los monstruos”, escribía Antonio Gramsci. Los meses que acaban de pasar vieron cómo la historia se aceleraba y la situación se volvía más peligrosa de lo que ya era. Y como el exceso policial se sigue alimentando en nuestros días, al igual que la catarata de heridos, mutilaciones y muertes causadas por la policía, estas páginas no son más que un comienzo que deberemos completar colectivamente.